

Intervención invitada en la cuarta sesión plenaria del 2º Congreso Internacional de Antropología de la AIBR, Barcelona, 9 de septiembre de 2016

La antropología en los tiempos del cólera

Una reflexión y un balance

Manuel Delgado

Es difícil no sentirse un poco abrumado a la hora de atender el encargo —y el honor, y la responsabilidad— de pronunciar las palabras con las que debe cerrarse un congreso de la importancia de este que hoy acaba. Se supone que lo que corresponde en estos casos es decir algo, en efecto, concluyente, incluso un punto grave, como corresponde al momento final de un acontecimiento académico de la relevancia de este. Podría desplegar para la ocasión una reflexión o un balance a propósito de la situación de nuestra disciplina en estos principios del siglo XXI, pero me resulta difícil pronunciarlo de manera concluyente acerca del papel de la antropología en estos momentos. La verdad es que no sabría desarrollar de manera convincente una visión en perspectiva de en qué forma podemos compartir y estamos compartiendo lo que sabemos y, más allá, aquello sobre lo que dudamos, porque de veras pienso que nuestras paradojas y nuestras contradicciones, mucho más que nuestras certidumbres, son la principal contribución que podemos brindar al conocimiento de la condición humana en su diversidad.

Reconozcámoslo, es difícil demostrar la bondad de nuestras habilidades en orden a explicar los fenómenos sociales, o ayudar a ello al menos. Nuestra competencia para procurar claridad a las cosas que pasan o han pasado es inversa a nuestra capacidad de hacerla reconocer, seguramente porque nuestras luces oscurecen, puesto que desvelan la complejidad y la irreductibilidad de los fenómenos que abordamos, ¿Qué puede esperarse de ese oficio nuestro que requiere tenacidad y paciencia en el trabajo de campo, sensibilidad en las descripciones, escrúpulo en los análisis y prudencia en las conclusiones? ¿Cómo puede competir en un terreno copado por la trivialidad, por los juicios precipitados, el vértigo de la última noticia, el espectáculo fácil, las sentencias de intelectuales al tiempo superficiales y serviles, características que tal vez es de mí mismo de quien hablan? ¿Qué puede aportar esa extraña disciplina que escribe a mano sobre la vida que transcurre ante sus ojos? ¿Qué lugar le espera a nuestra forma de dar con las cosas, complicándolas, en una sociedad de la que se enseñorea lo fácil?

Por otra parte, ante un mercado de juicios y discursos que se arrojan la capacidad de explicarlo todo y apuntar alternativas, la nuestra no puede presentar otra cosa que su pesimismo, su negatividad, incluso una dosis de cinismo. Somos pesimistas, en tanto que le damos la razón a Lévi-Strauss cuando nos dice que la antropología debería llamarse *entropología*, porque sabemos que, como decía un poema de Martí i Pol, "lo que se pierde, se pierde para siempre". Nuestra disciplina es una disciplina negativa, porque no siempre sabemos de dónde sacar alternativas a nada de lo que no nos gusta y denunciamos. Cínica también, creo yo, porque sabemos distinguir el escepticismo de la pasividad y pienso que compartimos la convicción de el hecho de que no hay nada que hacer no tiene por qué implicar no hacer nada.

Pero, aun así, somos antropólogos y antropólogas. ¿Por qué elegimos este camino tan extraño, que a tanta gente se le antoja una extravagancia? Cada uno de nosotros y de nosotras conoce ese momento o ese proceso que nos llevó a la antropología, pero estoy seguro de que, fuera cual fuera, no pudo revelarse, poco a poco o de pronto, sino como pasión. Porque la antropología es una pasión o no es nada, en el sentido que su experiencia nace y se conduce como una impaciencia crónica, un afán, una intranquilidad que cuesta calmar, una obsesión..., cuyo objeto es intentar responder en lo posible a en qué consiste ser humano, en asomarnos y asombrarnos anta la complejidad de las sociedades, sin ver nunca saciada nuestra ansia de conocer lo que ocultan, ese conjunto de códigos y de inercias a la que llamamos *cultura*. *La antropología como pasión y como práctica* tuvo que ser el título que nuestros colegas de la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* asignaron al volumen de homenaje a Julian Pitt-Rivers, publicado en 2004. Y es lo que la antropología suele ser eso, una pasión.

Así es que me gustaría decir algo de la antropología-pasión. Y hacerlo además, pensando en Iberoamérica, puesto que es una asociación de antropólogos iberoamericanos quien nos ha convocado. Y hacerlo también ilustrando el propio título de nuestro encuentro: *Identidades, puentes, muros...*, planteando una cierta reflexión acerca de nuestra identidad como antropólogos y acerca de los puentes que nos unen y los muros que nos separan de otras aproximaciones a la realidad desde otras disciplinas y sensibilidades.

Por eso me gustaría que me dejaran hablarles no tanto *de* como *a partir* de una novela de Gabriel García Márquez que seguro que conocen: *El amor en los tiempos del cólera*, publicada por primera vez en 1985, de la que propondré no su análisis desde una perspectiva antropológica —a la manera como propone la etnografía literaria—, sino su empleo como metáfora de la naturaleza singular de nuestra identidad científica y del contexto en que se da. Desde luego es pertinente si lo que pretendo es abrazar y agradecer su presencia a todos aquellos que han llegado hasta aquí, como suele decirse, "cruzando el charco", para reunirse con nosotros en la capital de un país una parte importante del cual les envidia y quiere seguir la senda de emancipación que ustedes recorrieron hace más de un siglo y medio. También es adecuada, si lo que se quiere es recordar la deuda mutua que antropología y ficción literaria tienen contraída, al tiempo que expresa uno su fastidio ante el empeño de algunos en levantar paredes y abrir fosos entre disciplinas, preocupados por mantener la imposible pureza de la suya libre de toda contaminación. Y por supuesto que la novela de García Márquez es ideal para resumir lo que sublime y de ridículo tenemos las víctimas de cualquier pasión, puesto que pasión viene de *patio*, que quiere decir a la vez *sentir* y *sufrir*.

Como saben *El amor en los tiempos del cólera* narra la historia de amor de Florentino Ariza por Fermina Daza a lo largo de más de cincuenta años, en una Cartagena de entre siglos marcada por las guerras civiles entre conservadores y liberales y las persistentes epidemias de cólera, con un protagonismo especial para el río Magdalena, por el que transcurre no solo el comercio fluvial entre el Caribe y el interior del continente, sino la propia locura de amor del protagonista y la historia no menos pasional y cruel de la propia Colombia de la época.

Por supuesto que *El amor en los tiempos del cólera* es una gran obra literaria y que reúne aspectos que no pretendo abordar. En general recuerdo con placer su lectura y la decepción que me motivó su versión cinematográfica, y me permitiré solo la nota marginal de recordar dos frases de especial verdad en la obra. Una, aquella con que su jefe le contesta a Florentino Ariza cuando este se empeña en hacer rimar las órdenes de embarque y escribir como si fueran de amor las cartas comerciales a una compañía inglesa. Florentino le dice, "solo veo amor", su jefe le contesta: "Pero recuerde que sin comercio fluvial no hay amor". La otra cuando Florentino recuerda aquel criterio fundamental con que el doctor dividía a las personas: "Hay dos tipos de seres humanos: lo que cagan bien y los que cagan mal".

Lo que quiero es sobre todo mostrar es que Florentino Ariza, el protagonista de *El amor en los tiempos del cólera*, experimenta por Fernanda el paradigma perfecto de la pasión, de una pasión delirante, loca, enfebrecida, desmesurada..., y perdónenme por la cadena de pleonasmos, puesto que las pasiones o son así o no son pasiones. De ahí esa obcecación que acompaña al protagonista hasta su fin y que solo difiere de la nuestra en su asunto. También se parecen nuestras pasiones en que se recortan sobre un tiempo turbulento, marcado por males endémicos —la guerra, la enfermedad, la injusticia...—, que son más o menos los mismos en la Colombia de la novela y en el mundo crónicamente en crisis con el que nuestra disciplina ha convivido desde su nacimiento.

No sé si comparten conmigo la fascinación por esta obra de García Márquez, que es, como saben, una especie de amable parodia del realismo folletinesco de la segunda mitad del XIX, ese género que rompe con el romanticismo al tiempo que exagera alguno de sus rasgos y los llena de detalles particulares casi exasperantes, siendo acaso su expresión más elevada la *Madame Bovary* de Flaubert y su caricatura popular actual, los culebrones televisivos, de los que *El amor en los tiempos del cólera* podría formar parte si alguien se decidiera a su adaptación, aunque TVE produjo hace años una serie de este subgénero no en vano titulada *Amar en tiempos revueltos*.

Me interesa la manera con la que Florentino evoca esos dos aspectos de la literatura decimonónica que, a mi entender, tienen que ver con las raíces mismas de la antropología que nosotros cultivamos, raíces que se hunden en el siglo XIX y que es cierto que si la consideramos como mera rama académica nos conducen al evolucionismo de Tylor, Frazer, Lubbock, Morgan, etc., pero si lo hacemos entendiendo la antropología como pasión y como práctica —por evocar de nuevo el título del homenaje del CSIC a Pitt-Rivers— nos deberían remitir a esos dos universos filosófico-literarios a los que García Márquez saluda en *El amor en los tiempos del cólera*, es decir el romanticismo y el realismo, en el sentido de que la pasión de Florentino Ariza, es en efecto pasión romántica, pero es descrita de manera realista, apeándola de todo solipsismo y de cualquier grandilocuencia, puesto que el objeto de su pasión no es ninguna entelequia o abstracción, sino parte de la naturaleza, aunque ese realismo reúna matices inverosímiles y desmesurados, como corresponde a la literatura folletinesca que Gabo caricaturiza con afecto. Como consecuencia de ese cruce entre dos corrientes literarias casi antagónicas del XIX, el romanticismo y el naturalismo, Florentino tiene no poco del joven Werther de Goethe, como Fermina, su amada,

lo tiene de la Lotte de aquel clásico del romanticismo, pero también ambos tienen mucho respectivamente del Frédéric Maureau y su amada, Marie Arnoux, en *La educación sentimental* de Flaubert.

Vayamos por partes. Sobre la marca romántica con que nace la antropología, conviene recordar lo que el antropólogo en tanto que héroe —por recordar el famoso artículo de Susan Sontag— tiene de héroe romántico, en el sentido del papel que el romanticismo jugó en la formación del pensamiento etnológico, sobre todo por lo que hace a las primeras fases del movimiento en países como Francia y Alemania. Recuérdese como Lévi-Strauss, en su famoso artículo “Las tres fuentes de la reflexión etnológica”, indica el primer romanticismo como uno de los puntos de referencia, a partir del cual la antropología adopta una personalidad específica en el tratamiento del problema del “otro”, tan lejos del esquema darwiniano y del evolucionismo sociológico ingenuo.

Pero, ¿qué tienen esos primeros pasos del romanticismo que ver con las raíces de la antropología? Sin saberlo, Arnold Hauser, en su *Historia social de la literatura y el arte*, nos proporciona una respuesta para ello en sus comentarios sobre los orígenes del movimiento romántico: “Hubo también antes generaciones que tuvieron el sentimiento de haber envejecido y desearon una renovación, pero ninguna todavía había llegado a hacer un problema del sentido y de la razón de ser su propia cultura y de si su modo de ser tenía algún derecho de ser así y representaba un eslabón necesario en el conjunto de la cultura humana”.

Creo que es cierto que hay mucho en una buena parte de la literatura etnológica de esa desazón crónica, un desafecto con relación a la propia era en que ha tocado vivir, lo que en el caso del romanticismo inicial se llamaba el *mal du siècle*. Novalis lo definía como una “nostalgia” que tomaba a veces la forma de un “afán de estar en el hogar en todas partes”, y la creación literaria como un sueño “de aquella tierra natal que está en todas partes y en ninguna”. En su *Enciclopedia*, Novalis define la sensibilidad romántica de una manera que podría pasar una declaración de principios metodológica en etnografía: “El arte de mostrarse ajeno respecto de un objeto y, sin embargo, hacerlo conocido y atractivo... el arte de dar a lo ordinario un aspecto misterioso, de dar a lo conocido la dignidad de lo desconocido”.

Habría muchas otras correspondencias: el valor vertebral asignado a la alteridad, la decepción con respecto al tiempo y al mundo en que se vive —con el que se mantiene una relación a medio camino entre el rencor y la expiación—, lo que podríamos llamar una cierta irritabilidad del sentimiento, el ejercicio constante de saltos morales en los que la razón se arriesga y, sobre todo, esa voluntad de disolver antinomias que se han desvelado ficticias: la vida y la inteligencia, la naturaleza y la cultura, el acontecimiento y lo permanente, el presente y la historia, la soledad y la sociedad, el alma y el cuerpo, lo racional y la pasión... Bien poca distancia hay entre lo que uno puede encontrar en libros como el *Tristes Trópicos* de Lévi-Strauss, el *Africa fantasmática* de Leiris o el *Lo exótico es cotidiano*, de Georges Condominas y la intensa búsqueda que hombres como Friedrich Schlegel emprendieron para superar toda sensibilidad y fundar la propia concepción del mundo en algo mínimamente sólido a pesar de la subjetividad y del sentimentalismo de que toda su obra está anegado.

Este ánimo lo encontramos muy bien en el Saint-Preux de *La nueva Eloisa* de Rousseau o el propio filósofo en sus *Confesiones*. Rousseau, a quien dedica Lévi-Strauss sus *Tristes trópicos*: "Rousseau, nuestro maestro, Rousseau, nuestro hermano, hacia quien demostramos tanta ingratitud, pero a quien cada página de este libro hubiera podido ser dedicada, si el hombre no fuera indigno de su gran memoria." Y lo mismo valdría para el Oberman de Senancour, o el ya mencionado Werther de Goethe o, muy especialmente, el René de ese Vizconde de Chateaubriand, que concluía su *Genio del cristianismo* diciendo: "Feliz y miserable, hombre de acción y hombre de pensamiento, he puesto mi mano en el siglo y mi inteligencia en el desierto". Déjenme que les evoque un momento del *René*:

Estas reflexiones me ocuparon toda la noche. Al día siguiente, al despuntar la mañana, mis huéspedes me abandonaron. Abrían la marcha los jóvenes guerreros y la cerraban sus esposas. Los primeros marchaban cargados de reliquias; las segundas partían con los recién nacidos. Los ancianos caminaban lentamente en medio, colocados entre sus abuelos y la posteridad, entre los recuerdos y la esperanza, entre la patria perdida y la patria del porvenir. ¡Oh! ¡Cuántas lágrimas se vierten cuando se abandona así la tierra natal, cuando desde lo más alto de la colina del destierro se descubre por última vez el techo bajo el que crecimos y el río de la cabaña que sigue corriendo tristemente a través de los campos solitarios de la patria!

¡Infortunados indios, que he visto errar en los desiertos del Nuevo Mundo con las cenizas de vuestros abuelos! ¡Vosotros, los que me habéis dado hospitalidad a pesar de vuestras miserias, yo no puedo devolvérosela, hoy día, porque errante también, a merced de los hombres, soy menos dichoso en mi destierro, pues no traje conmigo los huesos de mis padres!

Todos estos personajes tienen en común el pesimismo y el escepticismo más desesperanzado, el calvario íntimo de la emigración, una incurable melancolía y, frente a una realidad que de pronto ha devenido absurda, un exaltado e insaciable deseo de abarcarlo todo y de ser abarcado por todo. Esa es la premisa moral a partir de la que se hilvana el romanticismo inicial, con Chateaubriand, Mme. de Staël, Senancour, Constant, Nodier y todos aquellos que se sienten herederos de Rousseau y del racionalismo del siglo XVIII, que no del XIX. Se trata de esa llamémosle paradoja que hace, como señalaba George Stocking, que la antropología actual tenga bastante más en común con las corrientes apologeticas y degeneracionistas de principios de siglo pasado –políticamente contrarrevolucionarias y ultramonárquicas, y portavoces de la Iglesia Romana en el plano religioso-, que con el evolucionismo y las tendencias "científicas" que caracterizaron predominantemente sus postrimerías y en las que las se supone que la antropología debería encontrar sus raíces.

Eso por lo que hace al vínculo que emparenta al Florentino de *El amor en los tiempos del cólera* con la figura del etnólogo como héroes románticos. Pero nuestra disciplina también comparte con la novela de García Márquez ese ánimo descriptivo que la hace deudora de la reacción antirromántica y antiespiritualista que supusieron el naturalismo y el realismo. En la obra está también aquella voluntad de aplicar una aproximación fisiológica a la realidad,

fisiológica en el sentido de que buscaba una captación *en vivo* de la vida, en el momento en que desarrolla ante todo como actividad, su nacimiento y evolución paralela al positivismo científico, que se traducía, en literatura, en convertir al escritor realista o naturalista en lo que luego asumiría como misión el etnógrafo sobre el terreno, que es ser alguien cuyo objetivo imposible es *decirlo todo*, devenir, en palabras de Émile Zola en su *Carnets d'enquête*, "obreros de la verdad, anatomistas, analistas, investigadores de la vida, compiladores de documentos humanos". Fijación, como se ve, por la exterioridad, es decir por la comprensión de que el mundo es —como había sospechado Galileo— un inmenso libro que está escrito por fuera, aquella ansia por salir, como la que siente Florentino. Para quien el sentido de su vida, lo que ama, su pasión, está *ahí*, y es ahí, fuera, a la intemperie, lo que le impulsa a *salir*, a convertirse en un merodeador. Florentino es un héroe realista —de acuerdo, "realista mágico" si queremos no olvidar que estamos hablando de un personaje de García Márquez—, arrastrado por una verdad que estaba no en sí, sino ante sí. Su búsqueda no es, como la del héroe romántico, interior, sino como la nuestra exterior, convencidos él y nosotros de que la verdad o lo que se le parece siempre está, como reza el lema de una conocida serie televisiva, *ahí fuera*.

Déjenme evocar todos los años que di clases de antropología en la Facultad de Filología de esta Universidad y cómo intentaba —y creo que lograba— que los estudiantes entendieran lo que el método etnográfico y la propia teoría antropológica le debía a la literatura del XIX. Así, por ejemplo, les explicaba que no hay mejor manual para entender qué es el trabajo de campo que el reportaje de Anton Chejov sobre la colonia penitenciaria en la isla de Sajalin o las notas de campo que tomaba Émile Zola por los pueblos franceses. Les explicaba cómo Clifford Geertz emplea *La educación sentimental*, de Flaubert para explicar el sentido de las peleas de gallos en Bali; como es imposible entender *Los argonautas del Pacífico Occidental* sin tener presente la fascinación de Malinowski por Josep Conrad y *El corazón de las tinieblas*. O como Charles Dickens se adelantó a la etnografía urbana de la Escuela de Chicago. Y, a la vez que presentaba la etnografía como hija bastarda y no siempre reconocida del naturalismo y del realismo, hacía lo propio con otro movimiento contemporáneo y complementario a aquellos: el simbolismo. Imposible leer a Lévi-Strauss sin reconocer proyectándose en su obra la Arthur Rimbaud. Indispensable remarcar que Victor Turner no tomó en vano un momento del poema "Correspondencias" de *Las flores del mal* de Baudelaire para titular su *La selva de los símbolos*.

Pero, atención, Florentino Ariza es un enamorado y, como todos los enamorados —bien se encargó de recordárnoslo Fernando Pessoa en un hermoso poema—, son siempre algo ridículos. De hecho, téngase presente que la novela de García Márquez es, declaradamente, una obra del siglo XIX y, en ese contexto un homenaje caricaturesco, pero siempre amable, a la literatura folletinesca de la época, con su nulo espesor psicológico y lo inverosímil de sus tramas. Florentino es, en efecto, un héroe folletinesco y, como tal, se antoja excesivo, desmesurado, entrañablemente absurdo y, por supuesto, ridículo.

En eso acaso también el antropólogo se le parece. En el año 2002, en que asumí la secretaría del IX Congreso de la FAAEE que organizó el Institut Català d'Antropologia, recuerdo que pensé que era una buena idea complicar a la

Filmoteca Nacional en una actividad paralela consistente en un ciclo de películas. Recuerdo que la idea inicial fue la de mostrar films protagonizados por antropólogos o antropólogas. Desistimos de la idea, porque casi todas los ejemplos que encontramos fueron películas de terror, en la que el antropólogo aparecía como contrabandista de productos culturales monstruosos o malignos, o películas de risa, protagonizadas por etnólogos enredados en todo tipo de situaciones cómicas como consecuencia de tendencia a provocar o ser víctima de confusiones y equívocos. Un poco a la manera de la protagonista de *La tesis de Nancy*, de Ramón J. Sender, o, por supuesto, del de *El antropólogo inocente*, de Nigel Barley.

En fin, no sé si habrá sido adecuada la elección de Florentino Ariza como "bueno para pensar" nuestra propia identidad vocacional, pensar en qué consiste ese oficio ciertamente singular que en tantos aprietos nos ha puesto siempre a la hora de explicar qué es, siempre con el miedo de que nos pregunten cosas de las que no sabemos o no queremos saber la respuesta con certeza, como para qué y, sobre todo, a quién. Somos eso, si yo tuviera razón, nuevos románticos víctimas como los antiguos del mal de los tiempos, zarandeados por esos nuevos cóleras que azotan nuestro siglo, desorientados, descubriendo que, como decía Clifford Geertz, paradójicamente "en nuestra confusión está nuestra fortaleza". También herederos y continuadores del empeño realista y naturalista del XIX, con su avidez de mundo, con su conciencia de que los hechos están ahí y tienen razón; ansiosos, como los clásicos, por captar ese exterior que es siempre más interesante que nosotros. Pero también, reconozcámoslo, un poco ridículos, siempre queriendo estar a la altura de gentes a las que pretendemos estudiar y que, por definición, saben siempre más que nosotros, aspirando a merecer la confianza de seres humanos a los que queremos comprender como si ellos lo necesitaran y nos lo hubieran pedido, reyes que somos del malentendido y que siempre acabamos presentando ante nuestros colegas informes de los que solemos expulsar nuestros fracasos y eso..., nuestros ridículos.

En fin. Esto es lo que les he venido a contar. Es probable que acudieran a este acto de clausura con la expectativa de que alguien diría algo definitivo y profundo, un balance y las perspectivas anunciadas, y les acabado hablando de hasta qué punto nos podemos comparar con ese Werther que conoce el vértigo de un mundo que se desploma en su interior; con el Frédéric de Flaubert, abandonado a una búsqueda *exterior* de sí mismo, y al héroe folletinesco, casi personaje de culebrón, de una novela de García Márquez. Seres, como ellos, al mismo tiempo confusos, realistas y algo patéticos. Por tanto, déjenme agradecerles que nos hayan acompañado estos días, a todas las personas que han ayudado a que esto sea posible y a ustedes en particular, quienes nos acompañan aquí, ahora, pedirles disculpas por haberles defraudado si lo que esperaban era algo más trascendente, con mayor alcance y pretensión.

De todos modos, si querían algo solemne, una reflexión profunda, algo en que se resume el alcance de mi pensamiento, déjenme que acabe con la única conclusión rotunda que se me ocurre compartir ahora y aquí con ustedes y que tomo de lo que muchos considerarían una mala canción, una canción de esas que la gente escucha o escuchaba por la radio, consciente como soy de que, como decía el personaje de Fanny Ardant en *La mujer de al lado*, de François Truffaut, "las malas canciones dicen la verdad". Es de una canción de Julio

Iglesias y dice la única certeza que poseo: "Siempre hay por quién vivir y a quién amar / Siempre hay por qué vivir por qué luchar."

Muchas gracias.